

Los sentidos y la nieve



Esperó pacientemente todo el día. A cada rato se acercaba a la ventana y observaba la calle. Hacía frío pero no era eso lo que le mantenía en casa. A través de los cristales le llegaba el eco lejano de las voces infantiles. Un perro ladraba. El autobús urbano pasaba por debajo de su casa. Había tanto ruido como luz. Cuando empezó a caer el sol tras las montañas que blanqueaban el horizonte la luz y el ruido se fueron apagando lentamente. Los niños ya no corrían. Los perros a buen seguro gozaban tranquilos del tacto seco de la alfombra y del cálido ambiente de la calefacción. Los coches dormían al abrigo de sus garajes. Cuando el sol cayó del todo la luz de las farolas tiñó de luz cálida y un punto anaranjada el blanco hasta entonces azulado de la nieve sobre los tejados y las ramas. Cogió su abrigo. Salió a la calle. Se agachó y cogió un puñado de nieve. La sintió endurecerse entre sus manos y rezumar agua mientras sus dedos enrojecían de frío. La dejó caer. Se secó en los pantalones y se enfundó los guantes. Comenzó a caminar. Lo hacía fuera de las veredas heladas, disfrutando al ver sus botas hundirse en la nieve y al sentir como los tacos de sus suelas se imprimían en la nieve virgen mientras un crujido acompasado llegaba a sus oídos. De la chimenea de una casa cercana salía un humo blanquecino y pesado al que le costaba subir. El olor de la leña de encima quemada inundaba el aire y anegaba su nariz. Cayó nieve de un árbol cercano. El polvo de la nieve rozó su lengua. Se relamió mientras saboreaba el frío insípido del agua glaseada. Se sintió bien. Sólo volvería a casa cuando no pudiese soportar el frío en sus pies. Sus sentidos todos se lo agradecieron. La nieve se siguió quejando mansamente.

Javi vegas fecit MMXV anno domine